

Mundialización y Diversidad Cultural

Francisco Piñón
Secretario General
Organización de Estados Iberoamericanos
para la Educación, la Ciencia y la Cultura

XXXII ASSEMBLÉE PARLEMENTAIRE DE LA FRANCOPHONIE

Presentación

Nos hallamos transitando un cambio de época. La transformación tecnológica ha creado condiciones materiales inexistentes y ello se ha traducido en importantes cambios económicos, sociales y también culturales.

La relación entre cultura y tecnología no es una relación instrumental. Esta debe ser comprendida como la incorporación de la tecnología bajo la forma de nuevos lenguajes y escrituras, como la asimilación de novedosos dispositivos de producción, circulación y consumo de bienes y servicios y, también, de las consiguientes alteraciones en la distribución y en el acceso a los mismos.

En ese nivel, la reelaboración de información y conocimientos ya no ocurre exclusivamente dentro de una nación sino que se dispersa por los circuitos globales. La producción cultural se desvincula del ámbito exclusivo de las comunidades de pertenencia y la conformación de sentido se vuelve entonces más compleja, acusando una mayor exposición a la interculturalidad. Las identidades se encuentran entonces frente a un complejo proceso que ha puesto en marcha nuevas formas de intercambio y conexión sustancialmente diferentes a las ya conocidas.

Ello ha potenciado la interacción y el intercambio, pero también ha avivado los viejos fantasmas del repliegue identitario (como los comunitarismos o los fanatismos). De igual manera han aparecido nuevos elementos de discriminación (aunque algunos no sean más que una reelaboración de elementos del pasado) y, se han reproducido las diferencias, segmentando el acceso a los servicios, a la participación y al consumo de bienes culturales.

Sin embargo, llevar adelante una política de la pura diferencia es una contradicción y se niega a sí misma. Toda referencia a una identidad supone que estamos incluyendo al otro como aquello de lo que nos delimitamos. Una parte muy importante de la identidad es la construcción de un sistema de relaciones con los otros grupos, con las otras identidades.

Esas relaciones son las que se presentan, normalmente, reguladas por un conjunto de normas que están más allá del particularismo de los grupos. Para conseguir su afirmación, una identidad necesita abrirse a una multiplicidad de iniciativas políticas que le permitan trascender sus límites.

Es cierto que el actual proceso de transformación ha intensificado los roces identitarios, pero en buena medida, esto ha sido la consecuencia de una intensificación también de la participación de los diferentes grupos en contextos internacionales comunes, en muchos casos con construcciones normativas aún incompletas.

En este contexto, el fomento de la diversidad cultural es no sólo una condición esencial para conseguir un orden internacional más democrático y pacífico, sino además un eje central para construir una sociedad del conocimiento más justa.

Esta breve formulación tropieza, sin embargo, con el hecho de que las diferencias pueden (deben) ser movilizadas para empezar a crear interacciones. La diversidad cultural no es un mero dato de la realidad. Ella será más bien el resultado de un largo proceso de construcción de interacciones y de equidad a nivel social y mundial.

Diversidad cultural y mundialización

Dado que las fuerzas de la mundialización (como los flujos financieros y comerciales, o los bienes y mensajes producidos por las industrias culturales, entre otros) han superado la capacidad de los estados para ejercer un control sobre ellas, se ha hecho necesario elaborar políticas de alcance internacional que tomen en cuenta la diversidad y la protejan.

El debate en torno a estas cuestiones ha sido intenso y hemos recorrido algunos pasos en este sentido.

En el programa Tres Espacios Lingüísticos hemos trabajado la problemática de la diversidad de manera conjunta con la Organización Internacional de la Francofonía, la Unión Latina, la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa y la Organización de la Liga Árabe, para la Educación la Ciencia y la Cultura ALECSO, a las que se han sumado en ocasiones entidades como UNESCO y el Consejo de Europa.

Los Coloquios Internacionales de París 2001 y México 2003, orientados en torno a las relaciones entre cooperación, diversidad cultural y paz, fueron espacios claves para reflexionar sobre temas de interés común y para preparar la intervención conjunta en algunos debates que se estaban llevando a cabo en los organismos internacionales, como era el caso de la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de Expresiones Culturales de UNESCO, la Agenda 21 de la Cultura y los foros de la Red Internacional de Políticas Culturales.

En los Coloquios fueron abordadas cuestiones como la identidad y el multiculturalismo, la economía y la cultura, el desafío geocultural de la diversidad, el derecho a la comunicación y el acceso universal y equitativo a la sociedad de la información como instrumentos esenciales para profundizar el diálogo entre los pueblos.

Diversas reuniones de expertos fueron convocadas también para preparar proyectos de cooperación técnica y acciones de concertación política en temas vinculados con la educación, las lenguas y las nuevas tecnologías.

Fueron puestos en marcha proyectos como el Estatuto internacional de las lenguas, dirigido a afirmar la presencia de las tres lenguas (francés, portugués y español) en los organismos internacionales; la Certificación y Acreditación de las Lenguas, orientado hacia la estandarización de los sistemas de acreditación y certificación de las competencias lingüísticas; y el Foro Permanente sobre el Pluralismo Cultural, un proyecto en la red, orientado a elaborar propuestas concretas que permitan sentar las bases de nuevas reglas de circulación de bienes y servicios culturales.

Las tareas desplegadas estuvieron en consonancia con iniciativas iberoamericanas como la Carta Cultural Iberoamericana, y las declaraciones emanadas de las Conferencia Iberoamericana de Cultura y de las Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno, en particular las de Santo Domingo (2002) y Cochabamba (2003). En ellas la diversidad cultural se enuncia como un valor fundamental de la Comunidad

Iberoamericana, se indica el rol decisivo que la misma desempeña para el desarrollo sostenible y se defiende el carácter de especificidad que define a los bienes culturales.

Desigualdad y diversidad

El riesgo de que las diferencias continúen transformándose en desigualdades es el nudo por el que pasan las relaciones entre diversidad y sociedad del conocimiento. Si la diversidad es un punto central para hacer de la sociedad del conocimiento algo más que una construcción incipiente e insuficiente, la equidad es la condición de posibilidad de ambas.

La pregunta que se mantiene en pie es: ¿cómo será posible construir una sociedad del conocimiento (a nivel global) si la pobreza y la desigualdad, ya no sólo el “abismo tecnológico”, mantienen excluidos a millones de habitantes?

En este contexto, complejo y cambiante, pero que también nos ofrece oportunidades que debemos saber aprovechar, Iberoamérica cuenta con la fortaleza de presentar un espacio cultural común.

Esta comunidad lingüística, formada por una diversidad de lenguas pero articulada en torno a dos mayoritarias, el español y el portugués, producto además de una historia convergente y divergente a la vez, congrega a un poco más de 500 millones de habitantes.

Iberoamérica es también una tierra de encuentros, lugar de prácticas diversas, de condensación de valores construidos históricamente, de despliegue de múltiples facetas y, de desarrollo de diversas identidades. Este espacio cultural común es la contraparte del complejo fenómeno por el que Iberoamérica ha dado lugar a sociedades intensamente híbridas en las que confluyen una mezcla incesante de mundos.

La noción de “espacio cultural común” busca señalar la dinámica de cambio que atraviesa una identificación que, en tanto que tal, está sujeta a las transformaciones que surgen de los intercambios, las alianzas y las competencias.

En el carácter multicultural de nuestros espacios lingüísticos y culturales anida una parte de nuestras fortalezas para promover el acercamiento y el intercambio.

La cultura, la lengua, la literatura, la historia, la gramática, el cine, las músicas, que nos unen y que nos diferencian al mismo tiempo, son un vehículo para la expresión y el intercambio de nuestras identidades, para la creación y difusión de imaginarios colectivos.

En ellas viajan, se acumulan, se sintetizan nuestras ideas y nuestra historia, nuestras maneras de ver y sentir el mundo, de interpretarnos a nosotros mismos y representarnos a los demás.

No cabe duda de que es nuestra responsabilidad asegurar condiciones de mayor simetría lingüística y cultural. Sin embargo ello está fuertemente vinculado también a las diferencias y las desigualdades que existen entre países y regiones, e incluso al interior de cada uno de ellos.

Estamos convencidos de que la construcción de un nuevo orden global requiere abreviar de las tradiciones de todos los pueblos. Sólo de esta manera se podrá captar la experiencia histórica civilizatoria, generar imágenes colectivas más realistas y genuinas, movilizar recursos en la actualidad desestimados y, por sobre todo, fomentar la paz y el desarrollo de los pueblos.

Rabat, 02 de julio de 2006